

No Hay Tiempo Para Mamá

Priscilla Voth



“Pedrito, ¿quieres ayudarme a lavar los trastos antes de ir a jugar? Toda la mañana he estado haciendo los tamales para el cumpleaños de Papá y se me amontonó el trabajo. Me quedan por lavar los trastos del almuerzo y las ollas que están en la pila.”

“Pero, Mamá. Yo voy a ir al campo a jugar pelota con los muchachos esta tarde. De veras, ¿tengo que hacer ese trabajo?”

“Luego terminarás si te apresuras y te quedará mucho tiempo después para jugar.”

“Pero, francamente, tener que trabajar después de estar estudiando en la escuela todo el día, no me parece. No veo por qué tengo que trabajar toda la vida,” refunfuñó Pedrito.

“Muy bien, pues,” respondió Mamá muy amable, “Vete a jugar. No quiero que me ayudes si no tienes voluntad.”

Pedrito agarró la pelota y salió corriendo de la casa, feliz de poderse escapar de lavar los trastos. ¿Pero, por qué había contestado a Mamá en esta forma? Eso no le hizo sentirse bien. A pesar de todo fue corriendo hacia el campo al otro lado del cementerio. Podía escuchar los gritos alegres y las risas de sus compañeros que lo esperaban.

Mientras iba pasando el cementerio paró de repente. Allí junto a una sepultura, cerca del camino, estaba Hermano Jaime, su maestro de Escuela Dominical.

Hermano Jaime levantó la cabeza y se dio cuenta que Pedrito se había parado a su lado. “¡Hola, Pedrito!” le dijo quedamente.

“Buenas tardes, Hermano Jaime.” Pedro le contempló y se puso a pensar de quién sería esa sepultura, y por qué Hermano Jaime estaba tan quieto.

“¿Cuántos años tienes, Pedrito?” preguntó el Hermano Jaime.

“Doce.”

“¿Doce? . . . Vaya.” Hermano Jaime estaba pensando. Entonces habló. “Sabes qué, Pedrito. Esta es la sepultura de mi Mamá, y ella falleció cuando yo tenía la edad tuya, doce años.”

Pedro pensó en su madre. No sabía qué haría si ella muriera. Ni aun le gustaba pensar en eso.

“Usted se sintió muy triste cuando su madrecita falleció, ¿verdad?” dijo Pedrito.

“¡Claro! Me puse muy triste.” Hermano Jaime miró al rostro de Pedrito y le preguntó”
“¿Quieres que te diga algo?”

“Sí, Hermano Jaime.”

“Bien, recuerdo la primera vez que me paré junto a esta sepultura. Yo sabía que Mamá se había ido para estar con Jesús, pero cuando yo vi que bajaron su cadáver en esta sepultura, no podía hacer más que pensar en las veces que le había respondido y refunfuñado cuando ella me suplicaba ayudarla con algún trabajo. Mamá llevaba solamente tres días de estar enferma antes de morir. Entonces cuando fue tan de repente su muerte, ya no pude remediar todas estas cosas que yo había hecho. Así ves, Pedrito, el tiempo para hacer las cosas para Mamá es mientras viva. Todavía ella puede agradecer tus favores.”

Hermano Jaime dejó de hablar y durante unos momentos ninguno de los dos habló. Por fin Pedrito habló de nuevo. “Adiós, pues, Hermano Jaime.”

Pedrito dirigió sus pasos hacia la casa. Por alguna razón no tenía ganas de jugar pelota. Tan pronto como abrió la puerta de la casa, gritó, “¡Hola, Mamá! Decidí no jugar pelota. ¿Todavía quieres que te ayude con los trastos?”

Pero no hubo respuesta. Un gran temor entró en su corazón. ¡Qué si algo ya había pasado con Mamá! Salió corriendo al patio pero Mamá no estaba. Entonces por la puerta que da al segundo patio, vio que su madre volvía de los toneles de basura, trayendo en su mano el bote que Pedro no había ido a vaciar en la mañana. Él sintió un gran alivio pero a la vez una gran vergüenza.

Regresó corriendo a la cocina, y cuando entró su madre, lo encontró juntando las ollas sobre la pila.

“Pero, Pedrito, yo pensé que te habías ido.”

“Decidí no ir. Pensé mejor ayudarte con los trastos.”

No solamente lavó Pedro los trastos, sino barrió el patio y arregló la mesa para la cena.

Aquella noche Mamá estaba bastante perpleja en cuanto al cambio en Pedro. Ciertamente hace unos cuantos meses él había dicho que había aceptado a Cristo pero no se había estado portando como un cristiano verdadero en la casa. Ella había estado orando para que su hijo comprendiera que ser cristiano significa decir ser bondadoso y servicial. Le parecía que ya su oración había sido contestada.

Pedrito se preparó para acostarse aquella noche. Pero antes, entró en la cocina buscando su pan y vaso de leche, y preocupado por su madre, se dejó caer en la silla.

“¿Cómo te sientes, Mamá?” preguntó Pedrito, cuando ella llegó al oír el ruido.

“Me siento muy bien, mi Hijo. ¿Por qué me preguntas?”

“Solamente quería saber,” respondió Pedro.

Pedro guardó su secreto, pero prometió al Señor que nunca iba a olvidar lo que el Hermano Jaime le había contado aquel día en el cementerio.